

orden avanza Montgomery, y ambos combatientes, lanza en ristre, acometen uno á otro.

El acero de Montgomery se clava en la armadura del príncipe y quíebrase la lanza, hiriendo una astilla el ojo del rey, de suerte que le llega al cerebro el golpe. Cae sin sentido Enrique, cámbiase en duelo la fiesta... Llévanse al príncipe en medio de la general consternacion.

A los once dias de esta catástrofe, Enrique daba el alma á Dios, de resultas de la herida.

¿Y la favorita? ¿Qué va á ser de Diana de Poitiers, de la preciosa viuda que se gozaba de su imperio ilegítimo, que tan deliciosamente se saboreaba con sus festejos y su alegre vida?

¡Ahora le llega su época de castigo y expiacion, pues todo se paga! Comenzó su carrera deshonorando al noble señor Juan de Poitiers su padre, y ahora, al pié de las ventanas del propio palacio hieren mortalmente á su galan.

Luego que Enrique II hubo expirado, Catalina de Medicis la mandó retirarse á su palacio y entregar las joyas de la corona que en su poder tenia. Mas de una vez la condesa de Valantinuá debió recordar las inmensas riquezas que el mas fútil de sus caprichos habia hecho malgastar; mas de una vez debió recordar el escándalo que habia causado en el mundo, pues para compurgar sus pecados practicó el resto de su vida la mas generosa caridad.....

Diana, la dama de Francisco I y de su hijo Enrique II, de quien tuvo una niña llamada tambien Diana, murió el 22 de abril de 1566. Su cuerpo, después de haber estado expuesto en la iglesia de las *Arrepentidas*, fué conducido á Anet.

Su mausoleo la representa en su traje

ordinario, arrodillada, enclavijadas las manos y orando ante un libro abierto: descansa en esta postura sobre un sarcófago sostenido por cuatro esfinges.

(Traducido para la Sombra.)

LO QUE

PUEDA UNA BAGATELA.

Cuando el cardenal Richelieu estaba negociando el contrato de matrimonio entre Carlos I de Inglaterra y Enriqueta de Francia con el embajador inglés, el negocio estuvo á pique de echarse á perder por dos ó tres pasos mas de precedencia que reclamaba el embajador cerca de cierta puerta y que el cardenal se resistia á otorgar. Para cortar esta dificultad, Richelieu determinó recibir acostado al embajador.— ¡Qué tiempos!

ENIGMA.

Soy de nombre por todos conocida,  
Soy tambien por los pueblos anhelada,  
Por antiguos romanos fuí inventada  
Y en Europa hace poco introducida.  
Siempre seré de reinos homicida;  
De todo liberal siempre descada,  
Nunca á déspotas reyes adecuada,  
Pues que por ellos soy aborrecida,  
Y lo mas de la raza americana  
Solicita me acepta, y con nobleza  
Del leon audaz, de la bandera hispana  
Bajo mi egida abate la fiereza.  
Al triunfar de la hueste castellana  
Le inicio el porvenir de su grandeza.

UN CATORCENO.

La solucion en el número siguiente.

EXPLICACION

DEL ENIGMA DEL NÚMERO ANTERIOR:  
EL LIBRO.

EL PRIMER

AMOR DE UNA HEREDERA.

POR MARÍA NORRIS.



CAPITULO I.

TODA mujer rica tiene de ser bonita, de la misma suerte que todo hombre adinerado tiene de ser excelente; así lo manda el mundo.

Pero no hace ahora al caso lo que son ó deben ser los hombres, pues que se trata por el pronto en este lugar de un individuo del género femenino de la humana especie: el otro vendrá á su tiempo; que no hay nunca *ella* sin *él*.

Ahora bien, Catalina Aberchó, fuera de ser heredera, tenia buenas bigoterías, á no poderlo negar. Eran oscuros así sus ojos como su cabello, tenia hermosa tez y en suma, lindas facciones.

Como presunta heredera de un padre rico, y como hermosa muchacha, debia ser feliz. Sin embargo, Catalina no parecia sentirse muy contenta que digamos: á la hora que hablamos, vémosla con una mano puesta bajo la barba, ocupada la otra en jugar con el cintó de su delantal, y así lleva cosa de hora y media de estarse. Verdad es que á su vista tenia una perspectiva bonita, pues la casa magnífica de su familia estaba situada en un primoroso parque, á cuyo florido jardin daba la estancia ó sala principal en que se hallaba

TOM. II.

la hermosa muchacha. No estaba Catalina sola. Una señora ya entrada en años estaba en el mismo aposento sentada cosiendo con mucho contento, sin manifestar el mayor cuidado por el semblante sano y altivo de la señorita.

—Mi vida, dijo la señora sin levantar los ojos de su costura y con acento de irresolucion, ¿por qué no busca usted algo que hacer? Ya lleva usted una hora de estarse ahí á la ventana y me puede mucho ver á usted así, tan pensativa. ¿Está vd. de mal humor ó se siente usted mala?

—¡No! respondió Catalina despidiendo un suspiro. ¡Qué! Yo siempre estoy buena. Por lo que es hoy no puedo ni bordar, ni coser, ni hacer nada. Con que déjeme usted á mi antojo, señora Párson de mi alma, porque *estoy de malas*.

—¿De malas, Catalina de mi vida! No diga usted eso, por amor de Dios, pues no podré yo creer nunca que tenga usted motivo para emplear esa palabra. Y ¿qué es lo que tiene á usted disgustada? ¿Le parece á usted que mandemos llamar á su tío de usted?

—¡No lo permita el cielo, señora! Mi tío es la criatura humana á quien menos ganas tengo de ver. ¿Creerá usted que la vista de mi tío es lo mas que me apesadumbra?

P.—29



Místres Párson echó un suspiro y siguió su labor.

Convienes saber que esta señora tenia en la casa el empleo de ama de gobierno y compañera de la niña, empleo que no era poco difícil de desempeñar por cuanto á que la señorita era muy voluntariosa, de mal genio y además habia llegado á tener un dominio completo sobre místres Párson, á cuyo cargo estaba desde hacia unos catorce años que habia quedado huérfana. En los tres andaba Catalina cuando murió su padre y púsosele al punto al cuidado de místres Párson, como amiga íntima que habia sido de la madre de la tierna niña: apenas podía haberse encontrado aya menos propia para una muchacha voluntariosa. Místres Párson, dedicada empeñosamente á las obligaciones de su empleo, y naturalmente condescendiente, se habia dejado ir al sistema de contemplacion hasta el extremo de mirar mis Aberchó su libertad sin freno como cosa que nadie tenia derecho á disputarle.

Y cierto es que mientras el ejercicio de su libre albedrío no pasaba de sus lecciones, de su labor y de sus recreos, no habia peligro alguno; pero el caso es que á Catalina de poco tiempo atrás se le habia antojado enamorarse, y como el novio era muy jóven, pobre y de mas á mas sobrino de la aya, esta se habia juzgado en el preciso caso de dar cuenta al tío de la señorita, lord Jáuden, de sus recelos sobre el particular.

Catalina no tenia mas que diez y siete años. Hacia poco tiempo que habia comenzado un curso regular de literatura inglesa, bajo la direccion de místres Párson: la lectura de los poetas habia exaltado su imaginacion y dió y tomó que nada en el mundo podia ser para ella tan delicioso como verse en toda forma enamorada.

Pero amar á un rico; sujetarse á un galanteo con los preliminares de estilo, muy serio, muy grave; contraer vínculos de amor á la faz y con conocimiento de su familia y de todo el mundo... ¡Qué horror! ¡de solo pensarlo queria desmayarse la jóven! Luego tambien, ella no tenia todavía trato de mundo, y en su retirada vida del campo, muy pocos hombres ricos habia visto.

A tiempo que Catalina estaba engolfada en sus mas románticos pensamientos, un Mr. Roberto Fócet, sobrino de la aya, vino á Kent á pasar algunos dias en una casa de campo contigua á la hacienda de Catalina.

Una mañana temprano estábase paseando ella por el parque, cuando el rumor de unos pasos llamó su atencion: volvió al punto la cara en busca de su doncella, mas no alcanzó á verla. Mientras Catalina estaba irresoluta sobre lo que haria, un jóven de buena traza cruzó por delante de ella, saludóla con una profunda reverencia y le pidió mil perdones por si la habia interrumpido en su paseo. Siguió luego adelante y Anita alcanzó á la sazón á su señora.

Anita era una muchacha sencilla, de uno ó dos años mayor que Catalina. Llegóse á su ama con un precioso ramillete de flores, empapadas aun en rocío, por recoger las cuales se habia entretenido y separado un rato de ella.

—¡Qué linda está usted, señorita! exclamó la buena de la doncella al ver á Catalina que tenia encendido el rostro. ¡Vió usted á ese caballero que acaba de pasar? ¡Quién será! Algun señoron cuando menos, querida niña, que habrá visto á usted en la iglesia, y que se habrá enamorado de usted.

—No, Anita. Tienes tú la cabeza llena de novelorías y tonteras. No te pon-

gas compungida, pues yo no estoy enojada. ¡Era buen mozo, Anita?

—Y mucho, señorita de mi alma. A lo menos por lo que ví. Pero oiga usted, señorita; ya es tiempo de que volvamos á casa.

CAPITULO II.

Catalina, en efecto, estaba muy linda con su vestido de muselina blanco como una nieve: habíase prendido al pecho las flores que le diera Anita, y á decir verdad ninguna era mas linda ni mas atractiva que ella. Entró en el comedor y.... ¡contémplese la amable lectora cuál seria su asombro al encontrarse allí al propio jóven del parque, hablando con la benévola aya!

¡Tonta Catalina!

Latióle el corazon y encendióse el rostro cuando su aya le presentó á Mr. Roberto Fócet, sobrino de ella que estaba hospedado en casa del coronel Tólerton y habia venido á saludar á su tia; y cuando el tal sobrino le sirvió el té á la preciosa jóven, esta creyó que él adivinaba sus locos pensamientos y se abochornó tanto, que apenas pudo disimular su turbacion.

Afortunadamente místres Párson no atendia mas que á su pariente, y este por su lado estaba tan distraido con el diluvio de preguntas de la señora su parienta, que léjos de advertir lo que pasaba en la mente de Catalina, cási puede creerse sin temeridad que apenas le llamó la atencion su presencia.

Lord Jáuden, el otro tutor de Catalina, era miembro del gabinete y estaba tan atareado con los negocios públicos, que poco tiempo tenia para los suyos propios: sin embargo, como amante que era de la rigidez en punto á educacion, aplicábala á su sobrina, y no cabe duda de que á no haber sido por lo explícito de las disposiciones del difunto padre respecto de mis-

tres Párson, el prudente par de Inglaterra la hubiera sin pérdida de tiempo relevado del cargo de su tutoreada, por considerarla demasiado débil de carácter.

No tenia él hijos: de suerte que tenia puestos todos sus sentidos en Catalina y queria presentarla en el mundo de la manera mas ventajosa posible. No negaremos que contaba sacar mucho provecho para sí de casarla bien; pero es incuestionable con todo, que la estimaba como si fuera su propia hija.

Solamente una casa habia que lord Jáuden permitiese á su sobrina visitar mientras era tiempo de que entrase en el mundo: esta casa era la del coronel Tólerton. El coronel Tólerton era un viejecillo muy alegre, antiguo amigo de lord Jáuden, y cási no se pasaba dia sin que él fuese á visitar á Catalina ó sin que Catalina, acompañada de su aya, no fuese á visitarle á él, quien venia á ser representante, como quien dice, del tío de la niña: en suma, el coronel era un sugeto de muy bella índole, queria mucho á Catalina y miraba su fresca hermosura con tanto afecto como esperanzas. El coronel tenia mucho cariño á la aya, la que tenia fama de haber coqueteado con él; pero esto era increíble, porque ella no tuvo nunca ánimo para ello. Como quiera, él era muy galante con la aya.

Místres Párson era todavía soltera cuando vino al mundo el hijo de su hermana, el mismísimo Roberto Fócet de quien tenemos hablado: el coronel se presentó con mucho gusto á ser su padrino, y luego, mirando á la madre de su ahijado viuda y reducida á la mayor pobreza, le tomó á su cargo, le costeó la educacion y le proporcionó un destino subalterno en el gobierno. Por la ocasion habíale llamado á Fólerton Park para que viera á su tia, no para que se prendase de Catalina, á quien



el bonazo del padrino consideraba como una niña, y además, con las ideas que sobre etiqueta tenia él, nunca pudo pasarle por las mientes que hubiera punto alguno de contacto entre dos jóvenes tan desiguales en calidad y en bienes de fortuna.

Ocurrióle á Roberto un paseo á los Manantiales, punto favorito de recreo en verano. El buen coronel dió á entender que seria muy triste que fuesen dos personas solas á pasar allí el dia, é invitó á la aya que le acompañara. Si, que le acompañara, pues fuese porque la ama de llaves le hubiera hecho olvidar de su ahijado ó que de veras las inocentes distracciones que con frecuencia padecia no le hubiesen dado lugar á mencionarle, el caso es que no dijo una palabra de él al convidar á místres Páron. Esta aceptó y no hay que culparla: débil de carácter como decia lord Jáuden que era, no habria sin embargo consentido si se hubiera imaginado que su sobrino tambien debia concurrir al paseo.

Catalina cási no pegó los ojos en toda la noche víspera de la proyectada expedicion. Anunciábale el corazon que Mr. Fócet no se marcharia de la casa de su padrino sino hasta después del paseo. Y aun suponiendo que tuviese precision de regresar á la ciudad aquel mismo dia de la expedicion, ¿quién le quitaba ponerse en ella en hora y media á lo sumo, por el camino de hierro, en el momento que se le antojara? Él no era en punto á viajar como su pobre tia, que tenia tanto miedo al vapor y que no se atrevia á emprender viajes sino en coches sólidos, tirados por cuatro caballos gordos, á cortas jornadas y cenando en buenas posadas.

Excusemos á Catalina en sus castillos en el aire: con la idea de no permitirle ver el mundo sino hasta que pudiera hacer una fuerte impresion en él, su tia la

habia mantenido en tal apartamiento, que la infeliz ignoraba cómo pasan las cosas en el seno de la sociedad.

Catalina durmió pues muy poco, siendo una de sus principales y mas poderosas contemplaciones si Mr. Fócet seria rico ó pobre. ¡Oh! si desgraciadamente era lo primero, tendria ella que no volver á pensar mas en él.

CAPITULO III.

Amable lectora, si estás esperando encontrar aquí una novela, con sus lances á lo Dumas, siento decirte que te has chasqueado, y si allá en tu fantasía te has forjado de Fócet una imágen por el estilo del Apolo de Belvedere, tambien te has equivocado. Allá va la pura verdad.

Roberto Fócet no era un hombre muy buen mozo, no tenia dinero ni era tampoco muy fino. Lo que sí tenia era una consideracion muy profunda por las iniciales, y no cualesquiera iniciales, sino esas que bien conoce todo el mundo, á saber: P. R., segun unos y \$ R. segun otros.

Ahora bien, revolviendo estas iniciales en su mente, Roberto durmió poco, él tambien, la noche víspera del paseo consabido. Y el caso en verdad no era para menos. Habia adquirido ciertas noticias del caudal de Catalina. . . ¡Santo cielo! ¿qué no podria él hacer con tantos miles al año! Podria mantener un diluvio de magníficos caballos, dar opíparos almuerzos todos los dias, y hasta, ¿por qué no? hasta pillar un título de par y los honores y el provecho á él anexos. ¡Con qué cara no podria entonces ver á un amigo suyo que se jactaba de ser de la sangre azul mas pura de Inglaterra!

El coronel Tóler-ton no era hombre de gran discernimiento. Mr. Fócet tenia bastante viveza para ocultar sus defectos y tonterías, de suerte que el bueno del ve-

terano no se recelaba los sentimientos nobles y egoistas de su protegido.

El dia de la expedicion amaneció muy hermoso. No lo estaba menos Catalina. Anita no pudo menos de decirle terminantemente que nunca jamás, en el tiempo que llevaba de conocer á su señora, la habia visto tan amable y Catalina, por su parte, que era de carne y hueso, se recreaba de ver la admiracion que causaba.

Los paseantes debian embarcarse en un botecillo del coronel, subir el arroyuelo que corria entre el parque de Tóler-ton y Aberchó y debian llegar á los Manantiales en menos de dos horas. Hacía un tiempo famosísimo: el cielo estaba completamente despejado, no sintiéndose ni calor ni frio con extremo. Sin embargo, el pobre del coronel tenia cada rato que estar calmando los terrores de la medrosa ama de gobierno, asegurándole que con aquella bonanza no era posible que se volteara el bote y que aun cuando por una casualidad sucediese tal cosa, habia muy poco fondo para que nadie peligrara, y que en resumidas cuentas si álguien llegaba á caer al agua él que sabia nadar como el mejorcito, nadaria hasta dar el postrer suspiro por salvarla á ella. Todas estas seguridades tranquilizaban á la aya, mas no tanto que dejara de manifestar el disgusto que sentia de caminar por el líquido elemento.

—Si yo hubiera llegado á entender que se trataba de andar embarcado y si usted no me hubiera hecho brincar tan prontamente el bote, aseguro á usted que no hubiera venido por ningun motivo, pues yo me esperaba que el paseo era en coche.

—Pues hágase usted la cuenta de que vamos en coche, señora mia.

La aya meneaba la cabeza y luego se ponía á considerar en lo que le aguardaba cuando lord Jáuden supiese que su sobri-

na y tutoreada habia andado en paseos con gente que no era de su calidad. Si el pensamiento de que el noble lord hubiera encontrado á Roberto en su casa la habia hecho temblar de piés á cabeza, ¿cuánto no debia sobrecogerla el de que al tio se le antojase ir á visitar aquel dia á Catalina, y no encontrándola donde era regular que estuviese fuera á darse con ella en los Manantiales, en compañía de Roberto! ¡Y ni que decirle habia! ¡No habia nada, absolutamente nada que salvara á la desdichada ama de gobierno!

Por fin llegaron á los Manantiales. Hicieron los preparativos del almuerzo, sobre un suave y esmaltado césped.

El perrito faldero de Catalina habia pisoteado los pasteles durante la travesía y una poca de agua que habia entrado en el bote habia mojado y echado á perder los fiambres; mas por fortuna quedaban muchas cositas sabrosas, y si bien es verdad que se habia olvidado el queso y que el vino se habia dejado sin querer en casa y que los demás comestibles estaban mojados, no era esto motivo suficiente para que estuviera disgustada la aya. Otro motivo muy mas poderoso era el que tenia desazonada á místres Páron, á saber: que mientras Catalina estaba ocupada en bosquejar un paisaje, Roberto estaba reclinado contra su asiento, manoseando sus lápices y hablando en voz baja. La aya se hizo presente donde ellos estaban, é hizo por llamar á sí á su sobrino; pero él no era hombre que pudiera ser arrancado del sitio que ocupaba. De suerte que estaba luciéndose con Catalina á la vez que desazonaba extraordinariamente á su tia.

Cuando Catalina se hubo cansado de dibujar, Mr. Fócet le ofreció el brazo y echaron á andar muy despacio por entre los árboles. Compuso un delicado ramillete



cuyas flores estaban combinadas de manera que significaban "No me olvide usted" y presentósele á la preciosa doncella, la cual al tomarle se puso tan encendida que el galán, poco tímido de suyo, se sintió alentado á mayores cosas; pues todos sabemos que en casos como este el caballero va cobrando ánimo en la misma proporción que la timidez de la dama va subiendo de punto.

—¡Qué delicia, susurró Roberto, morrar por toda la vida en un sitio como este, lejos del mundo indiferente y frío! ¡No sabe usted, señorita, la vieja canción que dice: "Ven á vivir conmigo y sé mi dueño adorado?"

—Sí, dijo tartamudeando la tonta Catalina, olvidada de todo el universo, menos del joven que la llevaba del brazo.

Brincóle á Roberto el corazón de gusto. ¡Qué lotería iba á sacarse, cuando menos lo pensaba! ¡Qué á tiempo le había llevado la suerte á la casa de su padrino!

Para no desperdiciar la famosa ocasión que se le presentaba, lamentóse de que no pudiese permanecer cerca de ella otro día más y le suplicó que le perdonara el que urgiera por una explicación que comúnmente no es obra sino de algunos meses de comunicación y trato; explicación de la que dependía su felicidad de él y aun, así se atrevía á prometérselo, de ella también.

Los hermosos ojos negros de Catalina se rasaron de lágrimas; pegósele la lengua al paladar; tembláronle los labios.... Aun cuando el trastorno de su mente le hubiera permitido el habla, ¿habría podido acaso salir airoso del conflicto? Él había dicho en términos claros que no contaba más que con cien libras<sup>1</sup> anuales. ¡Un hombre tan pobre no podía menos de ser irresistible!....

<sup>1</sup> Quinientos pesos, pues la libra esterlina, moneda de plata inglesa, vale cinco pesos mejicanos.

Catalina por fin propuso con tierno acento á su amante que volviesen al lado de místres Párson, á lo cual se prestó él gustoso repitiéndole mil veces las protestas de su eterno amor y de su profundo respeto.

El corazón de la rica niña rebotaba en aquel delicioso sentimiento que á lo que dicen las gentes expertas engendra el primer amor: no así la aya, quien miró el alegre semblante de su pupila con algo muy parecido al horror.

Regresaron los paseantes temprano á casa. El reumatismo del coronel comenzó á hacerse molesto, y separóse este de los convidados más pronto de lo que hubieran deseado los jóvenes enamorados y menos pronto de lo que deseaba místres Párson.

—Creía yo que te volvías hoy á Londres, dijo la aya á su sobrino, con airado acento al ver que no pensaba él en retirarse á pesar de haberlo hecho el coronel.

—Sí me voy, señora, esta noche, en el tren de las ocho y media. No son más que las cinco y media. De modo que me sobra tiempo.

—¡Por el camino de vapor! ¡Válgame Dios! Mejor sería que viajaras de otra suerte. Pero los mozos inexpertos la dan de arrojados, de no tener miedo á nada.

—Por mi parte, señora, mejor quisiera yo ser despachado en un pensamiento por una explosión del vapor que no morirme á poquitos en una cama, de una fiebre ú otra enfermedad. Y luego ¿crees usted, tía, que hay algún riesgo en los caminos de hierro? ¡Si viera usted que los carriles están cubiertos con una preparación eficaz contra todo accidente imaginable, y que los directores le han asegurado contra todo cuanto pudiera espantar aun á usted!

—Hombre, Roberto, mejor sería que

no fueras tan ponderativo. Yo voy echando de ver que te estás volviendo quién sabe cómo....

CAPITULO IV.

Catalina no intentaba ni por sueño callar á su aya los sucesos del día del paseo. Con este pensamiento, representábase ella en la mente una preciosa escena, en que veía al coronel y á su aya bendiciendo á un novio y una novia á la vez que las campanas repicaban y las doncellas del cortijo sembraban de olorosas flores su camino de ellos.

En este delicioso sueño no tenía arte ni parte el tío lord Jáuden: Catalina se guardaba muy bien de contar con él, si quiera de pensar en él para este género de cosas. Desde niña había conocido la señorita su modo de pensar acerca de ella, y como en este particular él había tomado ya su partido, nunca había pensado Catalina en contradecirle: además, místres Parson le había inculcado que su tío debía ser obedecido, y ya se sabe cuán poderosa es la educación aun contra el genio. Con esto Catalina en sus desvaríos de amor, no se acordaba de su tío, y si solo de los arrumacos de Mr. Fócet.

Era muy obstinada nuestra heroína, y en tal virtud, la mitad de la delicia que su precipitado empeño amoroso le causaba, era debida á la consideración de la oposición con que se prometía encontrar, pues si bien esta podía retardar el cumplimiento de su capricho, aguardaría á entrar en edad y entonces, libre del yugo de la tutoría, haría lo que fuera de su antojo. Representándose así á su propia persona y á Roberto esperando con heroica paciencia y sin proferir una queja en el transcurso de los años, y después, retirados á un rústico albergue cubierto de mirto y madre selva, viviendo en amoroso contento, recordóla de su grata contemplación la en-

trada de su aya, quien advirtió con el auxilio de la lámpara que en la mano llevaba, que su pupila estaba muy pálida y distraída.

Catalina volvió la cara á ver á su aya y le pidió la enhorabuena: pero místres Párson le contestó con un torrente de lágrimas y con la orden de que se sentara á escribir. Despachóse al punto una misiva á lord Jáuden, quien hallándose en su casa de campo á la sazón, no distaba más que una jornada de la casa de su sobrina.

Llegó pues al día siguiente. Grave, prudente, justo, inaccesible á toda contemplación por la debilidad de su pupila, mandóla prepararse para salir de aquella casa y mudarse á la de él hasta la próxima estación y se despidió con ceñudo semblante, pero no sin decir antes á la aya cuatro palabras pesadas sobre su descuido y sus indebidas contemplaciones. A todos los reproches de lord Jáuden, la pobre místres Párson contestó con profundos suspiros y humildes protestas de enmienda.

Aquí es donde hemos comenzado nuestra historia.

Lord Jáuden acababa de ausentarse y la pobre Catalina se consideraba muy desdichada. Con el bondadoso auxilio de Anita logró dirigir á Mr. Fócet una carta diciéndole que el destino los separaba, que jamás la sonrisa volvería á asomar á sus labios, que esperaba encontrase él alguna otra más digna que ella de unirse á él y empleando, en suma, todas las frases generosas que son de estilo en casos tales. Pero Mr. Fócet era demasiado hábil para que dejase escapársele como quiera de las manos una novia rica. Contestó luego suplicándole que se le mantuviera fiel, que confiaba en sus nobles sentimientos y que se sirviera tener siempre presente que la felicidad de él pendía de su posterior resolución de ella.



Catalina fué pues conducida en calidad de presa, como quien dice, á la residencia de su tío, casa vieja y triste, y la enamorada niña que estaba, como es de presumirse, melancólica echaba de ver mas que nadie la soledad y tristeza de aquellos lugares.

Su tío le hizo dos ó tres visitas por semana, siempre cargado con un bulto de papeles y sin haber ocasion que no se encerrara á piedra y lodo con un secretario suyo. Evidentemente estaba él enojado con su sobrina y el mejor modo que de manifestárselo habia encontrado era no atravesar palabra con ella. Contemple la compasiva lectora cuán desdichada no seria Catalina, cuando sobre tantos motivos de disgusto se agregaba el no tener noticia de su novio, pues siendo ella demasiado delicada para llevar una correspondencia secreta con él, le habia prescrito que no le volviera á escribir.

Así iban pasándose los dias, considerándose ella la mas interesante de las doncellas cuando de repente varió el curso de sus infortunios.

El lord Méduin, un amigo de su tío, murió casi repentinamente en Roma. Era tío abuelo de Mr. Fócet, y habia sido compañero de colegio de lord Jáuden: su único hijo habia muerto jóven, dejando un niño que no le sobrevivió mucho tiempo.

Con el fallecimiento de este vino á recaer el mayorazgo en Mr. Fócet, quien encontrándose de la noche á la mañana hecho lord y en el cúmulo de su felicidad, renunció el empleo que le habia proporcionado su padrino y determinó consagrar un poco de tiempo á pasear y divertirse.

CAPITULO V.

—Catalina, decia lord Jáuden una mañana á su sobrina, ¡eres una criatura muy

afortunada! Fócet ha heredado el título y los bienes de la casa de Méduin. ¡Ven á darme un beso, niña!

—Pero, tío, si es el propio de siempre; y usted no le quiere.... y.... y....

—¿Y qué?....

—He oido decir que ha estado en correspondencia con una señora de mas calidad que yo y acaso acaso de mas caudal.

—¡Mas caudal!.... ¡mas calidad! ¡Cómo ha podido ser eso? Solo que sea hija de algun duque....

—He oido decir que su padre de ella le tuvo á su lado como secretario.

—No diré que estés mal impuesta, porque ustedes las muchachas siempre nos llevan la ventaja en punto á noticias. Y cuando menos esa inconstancia es lo que te tiene ahí tan cariacontecida y tan... Yo, por mi parte no lo siento: á lord Méduin no se le podia dar con las puertas en la cara, y puede presentarse cosa mejor.

Vamos, ponte otra vez alegre y bonita como antes. El mes que viene nos vamos á Londres y allí veremos.

—Tío de mi vida, ahora que usted me quiere, estoy contenta, y le diré á usted una cosa: una persona así como lord Méduin me chocará siempre mucho. Me gustaba antes porque yo le creia pobre y porque le tenia por hombre desinteresado. Usted sabe muy bien lo encerrada que me he criado y que no sé nada de lo que pasa en el mundo. ¡Qué tonta he sido, tío! Ahora sí, ya no he de volver á enamorarme sin que usted me dé su licencia.

Lord Jáuden meneó la cabeza.

Fuéronse á Londres. El npevo lord trató á la señorita Aberchó con la mas completa frialdad cuantas veces se ofreció que se encontraran. Lastimóla esto un poco los primeros dias, pero no tardó en hallar diversion en la pedantería y vanidad de Roberto.

En breve apoderóse del corazon de la jóven otro amor, amor verdadero y sensato, muy distinto del que le habia infundido Mr. Fócet.

Mr. Cúrtne, el nuevo amante, no era pobre ni tenia tanta fama de buen mozo como el de marras, ni para poner los ojos en él, pidió la licencia á su tío la doncella, pues no tenia mucho influjo político, y aun el poco que tenia le empleaba en contra de lord Jáuden; pero era un sugeto sensible, de entendimiento claro, amable y de buen corazon. Bien conoció el mozo los defectos de Catalina, pero su ternura pudo mas que nada: por último, el corazon de la doncella se interesó por él y tras unos dos ó tres meses de empeños, tuvo lord Jáuden que ceder, y las cosas caminan hoy á un término satisfactorio.

En cuanto á lord Méduin, el primer amante de Catalina, encontróse con que el caudal de su novia no era ni la mitad tan crecido como se lo habia esperado; mas como tenia ella un par de hermanos en las guardias reales y Roberto no era hombre de armas tomar, tuvo que casarse siempre con ella: dícese que riñen como cualquiera gente ordinaria.

Por conclusion, dícese que el coronel ha ofrecido su mano á místres Páron, y que esta no ha tenido corazon para decirle: No.

(Traducido.)

GRUPO DE FLORES

DE CERA

PARA LA GRAN EXPOSICION.

Una señorita inglesa, miss Lumsden, ha trabajado un precioso GRUPO DE FLORES de cera, que sin desmerecer en nada puede lucir entre las imitaciones mas perfectas y acabadas de las obras de la naturaleza. Cada flor es una cópia exacta de

TOM. II.

la naturaleza así en su forma como en sus matices. Las flores están apiñadas en una cornucopia ó cuerno de abundancia, de alambre dorado, sobre un fondo de terciopelo oscuro, circunvalado de hojas de roble y bellotas, y afirmado todo en un marco macizo y dorado con los lados de cristal azogado.

INCONVENIENTE DE LOS VELOS BLANCOS.

Todo VELO BLANCO tiene la propiedad de atraer el ardor del sol y engendrar pecas, aumentando la fuerza de los rayos del sol. Ademas, son dañosos á los ojos. El verde es el mejor color para VELOS de verano.

CONSEJO A LOS

AFICIONADOS Á LA HORTICULTURA.

La sombra es necesaria á las plantas después de trasplantadas, para evitar la evaporacion que despiden las hojas, y que acontece cuando las plantas están expuestas al calor riguroso del sol, el cual les roba mas humedad que no pueden comunicarle las raíces.

ABRIGO DE LOS NIÑOS.

Las batas ó ropones de los niños deben hacerse de manera que los cubra bien hasta el pescuezo y los brazos. Así se les guarda de los frecuentes catarros á que están expuestos, vigoriza su constitucion y aumenta la hermosura de su cutis.

A LOS AFICIONADOS A LOS PERROS.

Una autoridad respetable asegura que introduciéndose detrás de cada una de las orejas de un perro un poco de pus vacuno, de la misma suerte que se introduce en el brazo humano, no padecen nunca rabia.

P.—30